

## **MI AMIGO, “ EL BULLA”**

Lo conocí cuando era un cachorro, de raza Labrador, de apenas tres meses de edad. Se lo habían regalado a un chico de una casa de la vecindad que era aficionado al fútbol y bastante bueno, yo los miraba desde mi casa cuando jugaban en la plaza. Este chico era hincha de la "U" y al hincha *típico* de la "U" lo denominan "BULLA", así que bautizó al perrito regalado con ese nombre.

Yo recibía su visita cuando salía a regar los jardines de la parte exterior de la casa y llegaba a toda carrera a jugar con el agua de la manguera. Así era, alegre y juguetón, siempre dispuesto a congeniar con los vecinos que lo acogieran. Pero, para la familia a la que pertenecía empezaron los problemas. El Bulla tenía revolucionada la casa. El jardín estaba reducido a una mínima expresión, lleno de hoyos y destrozo de plantas y flores y al interior de la casa, muebles mordidos, alfombras deshilachadas, etc.etc. Los que hemos tenido perros, sabemos que un perro a los ocho o nueve meses

Parola

comienza a domesticarse y con paciencia y cariño se puede acelerar este proceso para tener un perro verdaderamente civilizado y alegre. La familia, con pocos conocimientos perrunos, no soportó los problemas y entregaron el perro a Olivares, cuidador y vigilante de la plaza.

Olivares trabajaba para el grupo habitacional por varios años, desde que se terminó la construcción. Era bodeguero de la empresa constructora y terminados los trabajos y retiradas las máquinas y herramientas, los vecinos decidieron dejarlo trabajando para el conjunto. Por ello estaba a cargo de la mantención de la plaza central, plaza bastante acotada, ya que sólo tiene dos calles de entrada, muy tranquilas. Olivares aceptó quedarse con el perro con el compromiso de recibir mensualmente la ración necesaria de alimento para su subsistencia. Se le entregó además la casita en que dormía el Bulla.

Olivares la ubicó debajo de un frondoso árbol, cerca de su propia habitación. Dicho árbol, de follaje hasta el suelo, servía a Olivares de closet, de comedor, tenía ubicada allí una mesa y dos sillas además de ollas, tetera y utensilios de cocina.

Olivares vivía en una población en las afueras de la ciudad, por lo cual debía levantarse de madrugada, a las cinco de la mañana, para tomar su trabajo a las ocho. A pedido de él, se le cedió una pequeña bodega construida de ladrillo y cemento, en que se guardaban materiales de jardinería. Olivares trajo una cama adecuada, una lámpara y una estufa eléctrica y se instaló allí especialmente para pasar la noche, dormir

Parola

mejor y ahorrar en la movilización un monto apreciable. Trabajaba de lunes a sábado y descansaba de sábado en la tarde hasta domingo en la noche en que volvía a su dormitorio en la plaza. En el tiempo de ausencia de Olivares, yo me hacía cargo del perro, para lo cual me dejaba su ración de alimento y su plato. En la noche, antes de acostarse daba un paseo por las dos manzanas colindantes de la plaza. Yo le dejaba agua fresca en su tiesto y le ordenaba su cama para un buen dormir. Cuando regresaba, después de quince o veinte minutos, lo hacía entrar a su casa y hasta el otro día.

Con el tiempo, la Municipalidad hizo cortar el árbol en cuestión porque estaría deteriorado y desentonando con la plaza. Ello dejó a Olivares y al Bulla al descubierto. No me gustó la situación creada para ellos y decidí, de acuerdo con el mismo Olivares aprovechar una bodega que habíamos hecho construir en el límite posterior de mi casa, colindante con la plaza. Para ello, hice cambiar la apertura de la puerta desde la plaza y colocar una nueva puerta en el comienzo de la bodega, de manera que sólo Olivares pudiera abrir y cerrar la puerta. Además, en lo que restaba de dicha bodega, hice techar para colocar a cubierto la casa del Bulla. Con ello mejoraron bastante las comodidades y condiciones de vida de Olivares y el Bulla.

Pasaba el tiempo y las rutinas diarias se repetían. Vigilancia, trabajos de aseo, mantención y riego de jardines de la plaza. El Bulla a su siga y haciendo vigilancia propia. Cuando aparecía algún desconocido por un extremo de la plaza, el Bulla se ubicaba a unos seis metros de distancia y lo seguía hasta que se alejaba del lugar.

Parola

Yo, continuamente escuchaba la hermosa canción de Alberto Cortés, “Callejero por derecho propio”, pero en el caso del Bulla, callejero por derecho de la gente, pero afortunadamente con un amo, que en una plaza, a su manera le demostró su cariño y se preocupó de él.

Pasó el tiempo, y el Bulla ya estaba viejito, con más de quince años, más lento y con menos ánimo, pero mantenía sus rutinas, hasta que un sábado, como siempre, me hice cargo de él y cumplí con el rito de costumbre. Todo bien hasta que salió a dar su vuelta de costumbre, pero no hubo regreso. Después de un tiempo prudente, salí a buscarlo, haciendo su recorrido habitual. No apareció. Al día siguiente, me levanté temprano y nuevamente hice el recorrido, preguntando en el puesto de diario, al barredor de aseo, al puesto de vigilancia. Incluso llamé a Seguridad de la Municipalidad, pidiendo ayuda pero nada. Al regreso de Olivares, se preocupó el día lunes de hacer recorridos y encargarlo a sus conocidos: Camión de Aseo, vigilantes, jardineros, etc. Se colocó algunos letreros en los postes cercanos. No pasó nada. Transcurrió el tiempo y nada. Las teorías llovían entre los vecinos. Que el perro en su paseo nocturno fue atropellado y murió en la calle y algún camión de aseo lo incorporó a la basura. Que alguna persona de buen corazón vió al perro tan solo y sin identificación, que se lo llevó a su casa. Que alguna camioneta de Corporación de Protección Animal, que suelen hacer recorridos nocturnos recogiendo perros vagos, se llevó al Bulla para ubicarlo en un refugio de animales, donde encuentra los cuidados necesarios. Que es común que los perros y otros animales también, al presentir su muerte, buscan un lugar alejado de donde han vivido para ir a morir.

Parola

En fin, muchas posibilidades de la razón de su desaparición, pero lo concreto es que quienes quisimos al Bulla lo mantenemos vivo en nuestra memoria y en nuestros corazones. Hasta siempre Bulla.